

LECCION VII.

Del estudio de los Santos Padres.

El estudio de los Libros Santos no basta por sí sólo para el orador: en las divinas Escrituras hay cosas difíciles de entender, dice San Pedro (1); son además, según el Crisóstomo, una mina que encierra grandes tesoros, y no es de todos el saber utilizarla; y por último, algunas verdades reveladas no están en la Sagrada Escritura; nos las enseña la tradición divina. ¿Encontramos en los Libros Santos lugares difíciles de entender? «Accede ad sapientiorum, vade ad doctorem,» dice San Juan Crisóstomo. ¿Deseamos enriquecernos con los tesoros que se ocultan en la Sagrada Escritura? «Post Scripturas Sanctas, doctorum hominum tractatus lege,» aconseja San Jerónimo. ¿Queremos conocer la doctrina tradicional? «Patres servavere,» dijo San Atanasio.

El ánimo se complace al encontrar en los escritos de los Padres, ampliamente discutido y sólidamente probado todo el dogma, toda la doctrina moral, la disciplina, la historia de la Iglesia, y cuanto hemos aprendido compendiosamente en nuestros estudios elementales: la claridad, la exactitud, la seguridad y la concordancia con que hablan tan eminentes varones, ilustran nuestra fé, regocijan nuestro corazón, y, sin advertirlo, nos creemos trasladados al tiempo de la venerable antigüedad, contemplando la aurora del Cristianismo más bella, más encantadora que la primera mañana del mundo.

Hoy los ministros del Evangelio, separados de los Santos Padres por el espacio de muchos siglos, y más distantes aún de su dignidad y grandeza personal, estamos, sin embargo, llamados á predicar en la Iglesia la misma doctrina que ellos predicaron: mostrémonos dignos sucesores suyos, imitando su conducta, siquiera sea de léjos; estudiemos sus escritos, como ellos estudiaron los de sus coetáneos y predecesores, cuyas doctrinas aprendían y de cuyo testimonio se servían para propagar y defender la sana doctrina. Cuando por las citas que ha-

(1) II, cap. III, 16.

cen en sus escritos observamos la solicitud con que se procuraban los de otros y la aplicación con que los estudiaban; y por otra parte recordamos las circunstancias de aquellos tiempos, en que tan fatigoso era el multiplicar las copias de un escrito y tan escasos los medios de comunicación, el ánimo se asombra y no comprende á costa de cuántas fatigas escribirían sus libros imperecederos, en que acumularon esos tesoros de sabiduría, esos luminares que alumbran y alumbrarán á la Iglesia hasta la consumación de los tiempos; pero ¡qué doloroso contraste! Nosotros, rodeados de ese piélago de luz, cerramos los ojos para no verla; multiplicados por la imprenta, sin trabajo nuestro, esos preciosos libros que tantas vigiliadas y sudores costaron á sus autores, los dejamos sepultados en el polvo de las bibliotecas. ¿Y aspiramos á ser predicadores elocuentes...? ¡Imposible!

Imposible es que sin aquel estudio se nutra nuestro espíritu con abundante y sana doctrina; y difícil también que amemos el lenguaje natural y característico de la elocuencia cristiana, si no le aprendemos en las obras clásicas de los Santos Padres. Los jóvenes no las han leído todavía; tienen que juzgar por testimonio ajeno; no tenemos derecho á que nos crean por nuestra palabra, pero si le tenemos para aconsejarles que lean el juicio que de la elocuencia de los Santos Padres han formado los Padres mismos. San Jerónimo y San Cirilo dan testimonio de la elocuencia de Clemente de Alejandría. Lactancio, San Agustín y San Jerónimo elogian la de Tertuliano: la de San Cipriano lo es por San Agustín, San Jerónimo y Lactancio, y de la de este último habla con encomio San Jerónimo: San Hilario de Poitiers, San Cirilo de Alejandría y el Nazianceno recomiendan la de San Atanasio; San Jerónimo llama á San Hilario «el oquentiæ latinæ rhodanus:» San Agustín y San Jerónimo ensalzan la elocuencia del Nazianceno; este último, San Efrén, San Jerónimo y San Gregorio de Nysa han hecho pomposos y justos elogios de la de San Basilio: de la de San Efrén han hecho mérito San Jerónimo, el Niseno y el Crisóstomo; y de la de San Cirilo, San Jerónimo, quien á su vez es muy loado, entre otros, por San Agustín: San Basilio, San Paulino, San Agustín, San Isidoro de Sevilla y Casiodoro han admirado la de San Ambrosio; y de la de San Juan de Constantinopla hicieron sus contemporáneos el más cumplido elogio, apellidándole *Crisóstomo*, ó *BOCA DE ORO*.

Estos testimonios son irrefragables: la competencia de los jueces es muy universalmente reconocida, y su notoria sinceridad los pone á cubierto de la sospecha de parcialidad. Nótese además que sus juicios versaban casi siempre sobre autores que ya no existían; y que respecto á los escritores contemporáneos, solían guardar silencio; no fuera, como dice San Jerónimo al abstenerse de elogiar á su coetáneo San Ambrosio, que su admiración les hiciera propender á la adulación, ó su amor á la justicia perjudicase los derechos de la verdad. «Ne in alterutram partem aut adulatio in me reprehendatur, aut veritas.»

Eran críticos tan imparciales, que su admiración no les impedía censurar los defectos que tal vez deslustraban la elocuencia de algunos Padres. Tampoco nosotros podemos ocultar estas ligeras imperfecciones: nuestro silencio podría ser un tropiezo para los jóvenes.

Para juzgar la elocuencia de los Padres es preciso tener en cuenta el mal gusto que dominaba en su época respectiva: muchos de ellos sabemos que aprendieron la retórica con maestros de un gusto corrompido. Tampoco es aventurado creer, con Fenelon (1) y Bossuet (2), que la caridad de aquellos fervorosos Pastores les aconsejase cierta condescendencia con el mal gusto dominante, á fin de que su predicación fuera más útil á los oyentes; no faltan pasajes en sus escritos que nos hacen formar este juicio. Sobre todo, es fácil conocer que aquellos varones, asombrosamente activos y laboriosos, llevaban en su corazón los intereses del mundo cristiano; la predicación no era más que una de sus muchas y graves ocupaciones; predicaban frecuentísimamente é improvisaban muy á menudo; atendidas todas estas circunstancias, fácil es conocer que no les vagaba el tiempo para ocuparse en pormenores, si no reputaban como indigno de su alta misión trabajo tan minucioso, é incompatible con la elevación de sus pensamientos.

Como quiera que sea, es indudable que en ciertos escritos de aquellos varones venerandos se nota alguna vez poco esmero en el estilo, digresiones, falsas antítesis y

(1) Diálogo III, pág. 95.

(2) Quisiéramos que los jóvenes leyeran el elogio que Bossuet hace de San Agustín en particular, y de los Santos Padres en general, en su *Defensa de la tradición y de los Santos Padres*, primera parte, libro IV, cap. XVIII.

conceptos muy estudiados; pero estas imperfecciones casi desaparecen ante aquella solidez de pensamientos y elevación de ideas, delicadeza del sentimiento y riqueza de fantasía, unión dulce y penetrante, naturalidad encantadora, y movimientos rápidos y vehementes que hacen de todos los Santos Padres reunidos lo sumo de la elocuencia: semejantes al astro del día, sus manchas las cubre su inmenso resplandor, como lo indica Bossuet hablando de San Agustín.

Nunca ha sido ménos excusable el predicador cristiano de no estudiar los Santos Padres que ahora en que la imprenta nos proporciona ediciones, si no tan bellas como algunas de las antiguas, mucho más económicas. Ni tampoco exigimos el estudio de la voluminosa biblioteca de los Santos Padres, pues sabemos que sólo Orígenes escribió tanto, que, como dice San Jerónimo, es imposible leerlo todo; pero sí pretendemos que cada cual lea, según pueda, mucho de las obras de todos los Santos Padres; y que todos estudien las obras de uno ó dos de ellos: por ejemplo, San Juan Crisóstomo entre los griegos, y San Agustín entre los latinos, bastarían por su copiosa y sana doctrina y por sus dotes oratorias: quitense del primero algunos pasajes redundantes ó difusos y súplase alguna falta de unidad; cercénense en San Agustín muchas de sus antítesis y algunos conceptos estudiados, y los escritos de ambos Padres serán tan ricos tesoros de doctrina como acabados modelos de elocuencia.

En San Juan Crisóstomo hay de notable que no se limita á explicar la Sagrada Escritura: á menudo, y con especialidad en sus numerosas homilías sobre las cartas de San Pablo, muestra el proceder del Apóstol ajustado á las prescripciones de la verdadera elocuencia: en estos escritos del Crisóstomo habla el sábio comentarista y el didáctico juicioso.

Jóvenes levitas: la Iglesia os tiene reservada la elevada misión de evangelizar al pueblo cristiano; para que los fieles os entiendan, aprended el lenguaje de la Religión, característico de los enviados de Dios; pero ese lenguaje no le encontrareis ni le aprendereis sino leyendo mucho, y estudiando los imperecederos escritos de nuestra santa y venerable antigüedad.

LECCION VIII.

De la filosofía cristiana.

El orador cristiano debe conocer todos los monumentos de la tradición divina: entre estos hemos hablado únicamente de los escritos de los Santos Padres, porque son los que ejercen mayor influjo sobre la elocuencia sagrada. Mas también necesita el auxilio de la filosofía, que suele ser definida con bastante vaguedad. San Agustín hace de ella una descripción que conduce á una definición clara y exacta. «La razón, dice, es la mirada del entendimiento; cuando esta mirada se extiende, DISCURRE sobre los objetos, y el alma está en movimiento, que es lo que se llama ratiocinio. El alma unas veces se examina á sí misma, estudia sus propias facultades y el modo con que funcionan, y otras ejerce su acción sobre objetos externos; en ambos casos se limita al conocimiento de verdades aisladas; en otras ocasiones las penetra, las desentraña ó inquiere cuanto ellas contienen; estudia sus relaciones; de unas verdades deduce otras, y las distingue ó las enlaza. Este procedimiento laborioso y seguro se llama filosofía: podemos definirla diciendo que es «el desarrollo y progreso de la razón.» «Ut ratio sit quiddam mentis adspectus, ratiocinatio autem rationis inquisitio, id est, adspectus illius per ea quæ adspicienda sunt motio... Ratio est mentis motio, ea quæ discuntur distinguendi, et connectendi potens.»

El ministerio de la predicación no se reduce á la simple enunciación de la palabra de Dios; expositor de esta divina palabra, como le llama San Agustín, el predicador debe anunciarla y explicarla: aunque enviado de Dios, obra como hombre, y como hombres han de ser también instruidos y movidos aquellos á quienes predica. El proceder de la razón humana, sometido á las leyes que le ha dictado el Criador, es uno solo en el hombre, lo mismo cuando explica la palabra de Dios que cuando se ocupa en el conocimiento de cualquier otro objeto: la diferencia específica del proceder de la razón del orador cristiano consiste en que éste se apoya siempre en la palabra de Dios revelada; de ella deduce consecuencias, las enlaza y las aplica á la conducta del hombre con relación á la

vida eterna; su razón procede, digámoslo así, racionalmente; en su marcha se asimila cuantas verdades encuentra relacionadas con su objeto, de cualquiera orden que sean, y esto es filosofía, y filosofía divina, dice Casiodoro: «Divinalis dicitur quando aut ineffabilem naturam divinam, aut spirituales creaturas ex aliqua parte profundissima qualitate disserimus.»

Se ha abusado tan lastimosamente de la palabra *filosofía*, que algunos se almarán tal vez de que pretendamos amistarla con la predicación del Evangelio, y más aún al leer que el orador cristiano no puede ser elocuente si no es filósofo; pero la doctrina y los ejemplos de los Santos Padres sobre esta materia son muy á propósito para tranquilizar los espíritus más recelosos.

Los libros *del Orden* de San Agustín son la historia de un diálogo al que asistía Santa Mónica: dirigiéndose á ésta el Santo Doctor, la dice: «Para que nada ignores, madre mía, esta palabra *filosofía* significa amor de la sabiduría; las divinas Escrituras, que tan religiosamente amas, no nos mandan huir de los filósofos y despreciarlos; hablan en este sentido sólo de los filósofos de este mundo; pretender que huyamos de toda filosofía, es lo mismo que querer que no amemos la sabiduría.» «Nam quisquis omnem philosophiam fugiendam putat, nihil nos vult aliud quam non amare sapientiam.»

Consencio, hombre piadoso, pero poco instruido, decía á San Agustín que si la razón hubiera de tener parte en las materias de nuestra fé, la salud eterna estaría reservada á los oradores y filósofos. «No se concilia bien, le contesta el Santo, lo que me escribes; porque en la misma carta en que deseas que la razón no intervenga en las cosas de la fé, me pides que con las luces de mi ingenio disipe la oscuridad en que tu espíritu se halla envuelto con respecto al misterio de la Santísima Trinidad. Si en punto tan capital recurras á mí para que te haga conocer, en cuanto sea posible, lo que ya crees, corrige el principio que has asentado, y sin apartarte jamás del camino seguro de la fé, no rechaces enteramente los servicios de la razón; considera que ni aún creer podríamos si no fuésemos racionales, y que si es cierto que debemos comenzar por creer, que tenemos obligación y necesidad de creer, y que debemos creer cuanto Dios se ha dignado revelarnos, no es ménos cierto que estas sábias máximas nos las enseña la razón; por manera que sien-

do la fé lo principal y necesario, la razon, sin embargo, en muchos casos precede á la fé.» «No, dice en otro lugar; la recta razon no se aparta de la fé, no la abandona: la sirve como auxiliar.»

San Basilio distingue exactamente la Teología sagrada y la natural, y llama á las dos ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas; «ciencia que se adquiere, dice, no sólo con el estudio de la palabra divina, sino tambien con la contemplacion del universo.» San Juan Crisóstomo enseña que, además de la revelacion divina, hay dos libros donde el hombre puede adquirir el conocimiento de Dios; libros anteriores á la existencia de Moisés y los Profetas, y áun á la invencion de los libros; libros escritos por el dedo de Dios con caracteres indelebles, y tan inteligibles, que lo mismo pueden leerlos y entenderlos los sábios que los ignorantes; David estudió estos dos libros, que comentó en los más sublimes de sus Salmos, y contemplándolos decia absorto: «Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine (1); cœli enarrant gloriam Dei (2).» El Apóstol predicó la doctrina que habia aprendido en esos dos libros, que son, dice el Crisóstomo, la conciencia ó la razon del hombre, y el espectáculo de la naturaleza ó el mundo visible.

¡Oh cuánto aprendieron en estos libros los Santos Padres! ¡Con cuánta elocuencia desarrollaron su doctrina! Nutridos con el pan sustancial de la palabra divina, descendian de la cumbre del Sinaí de la revelacion á contemplar la humanidad: en su propia razon veian la razon humana, y la ponian en movimiento: sondeaban el corazon del hombre y pulsaban con acierto todas sus fibras; meditaban y desarrollaban los principios de la ley natural; recorrian el mundo visible, estudiándole en sus pormenores; en todas partes veian las obras del poder de Dios, el reflejo de su sabiduría, los dones de su amor y poseidos de entusiasmo al oír el armonioso concierto, el sublime poema le llama San Agustin, con que el universo canta la gloria de su Criador, con palabras de fuego arrebatan el espíritu y el corazon de sus oyentes y los elevaban y unian á Dios por la fé y por el amor. ¡Qué bellas páginas, qué sublimes discursos, qué elocuentes homilias las que, inspiradas por el conocimiento del hombre

(1) Salm. iv, 7.

(2) Salm. xviii, 7.

y el espectáculo de la naturaleza, predicaron el Crisóstomo y el Nazianceno, San Basilio, San Ambrosio y San Agustin! Teólogos profundos, metafísicos eminentes, consumados moralistas, ¿podian no ser oradores elocuentísimos?

Predicadores de la palabra de Dios: para ser elocuentes necesitais la filosofía; bebedla en los escritos de los Santos Padres; como ellos, estudiad atentamente la doctrina cristiana, practicadla escrupulosamente, inculcándola con fervor; buscad á Dios en la contemplacion del mundo visible; buscadle en el hombre mismo, que es un mundo abreviado, como le llaman los Santos Padres, y sereis profundos filósofos y oradores elocuentes, predicando una Religion «cuyos dogmas y misterios ofrecen á los espíritus elevados ideas sublimes, á los corazones sensibles dulzuras inefables, á los hombres positivos demostraciones indestructibles; Religion que recomienda la virtud y condena el vicio, rechaza el orgullo y acoge la buena fé, y se amista suavemente con la recta razon (1);» porque léjos de nosotros el creer, decia San Agustin, que Dios aborrezca en el hombre el más precioso de los dones con que en el órden natural le ha enriquecido. «Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit in quo reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus sive quæramus; cum etiam credere non possemus nisi rationales animas haberemus.»

LECCION IX.

Dé la literatura profana.

En las últimas lecciones hemos hablado de los estudios que son de primera y absoluta necesidad para el orador cristiano: el círculo que en ella hemos trazado es muy espacioso; más fuera de él hay todavía un anchuroso campo, el de la literatura profana; nombre que respecto de la elocuencia sagrada tomamos aquí tan sólo para clasificar á los escritores en eclesiásticos y no eclesiásticos. Antes de pasar adelante, debemos declarar que

(1) Riambourg. Escuela de París. Eclecticismo. París, 1837; tomo I, pág. 317.